

POR QUÉ ALONSO ZAMORA VICENTE

Manuel GIL ESTEVE
Universidad Complutense

Magnífico y Exmo. Sr. Rector, autoridades, congresistas que aquí estáis porque con nosotros está D. Alonso, se me ha encargado que diga en voz alta por qué Alonso Zamora. Permitidme que le pida a B. Brecht que nos acompañe:

— **«Hay Maestros que luchan un día / y son buenos».**

Suficiente sería con leer en voz alta el texto que abre el Programa impreso de este Congreso-Homenaje para saber por qué Zamora Vicente: «*Una Universidad excepcional, como nunca la hubo, fruto de la sostenida tarea...*». Suficiente con mucho. O repasar ahora los distintos apartados del Congreso que a él se refieren y que tenéis delante, para decir ya: *calle el cantor; habla la vida...*

Como es más que suficiente tenerle en tertulia para vivir por qué Alonso Zamora. Porque Zamora es una constante hacia la que hemos tendido hasta converger en este Homenaje. Permitidme —¿me lo permites tú, don Alonso?— la cita del documento personal: «*Querido Manolo:... A ver si aún podemos juntarnos algún día y tomar un café con sosiego y discutir y chismorrear un poquito. Y darte un abrazo cordial...*» (12-4-2001). Ya veis, *tú-don Alonso*. No es el decir de uno de sus personajes; es que algunos, cuando nos ha amenazado con no hablarnos más si no dejábamos el *usted* para con él, nos sale el don Alonso por la fuerza interior de la admiración al Maestro, el respeto al hombre y el cariño al amigo: «*Oye, don Alonso*».

Porque D. Alonso es eso, el Maestro que goza de «haber nacido en el corazón del barrio histórico», en Madrid, y que sin embargo hace tiempo que, *Al trasluz de la lengua actual*, nos dijo que «ya no podemos pensar en un ideal de lengua emanado de Madrid (...) sino que hay, en el horizonte hispanohablante, otras muchas aglomeraciones que suponen grandes polos de atracción y de imitación: Buenos Aires, Lima, México». Por eso aquí estarán el viernes Argentina, y Chile, y Ecuador, y Nicaragua, y Perú, y Venezuela, en sus Académicos, y la Española, con su Director a la cabeza, como debido homenaje a quien fue su Secretario Perpetuo. Así es Zamora, Perpetuo, por definición, a pesar de haber dejado de serlo por voluntad propia.

¿Y aún nos lleva la retórica a seguir preguntándonos por qué Alonso Zamora Vicente? ¿No es más que suficiente, amigos, el deseo ferviente de sus compañeros académicos de la de Madrid y de todas las geografías hispánicas, de acompañarle aquí y en estos días? ¿No es suficiente reconocimiento como Maestro? Yo creo que debemos sentir la satisfacción de que la

Academia haya querido rendirle aquí, en la ciudad de Alicante, el justo homenaje que merece, no en valde el Maestro, tiempos ha, encontraba en un episodio de *El obispo leproso* rasgos afines al esperpento.

Porque *«hay Maestros que luchan un año / y son mejores»*

Y es que —lo sabemos— hay muchas maneras de luchar. Yo lo sé muy bien —le estoy viendo la cara escéptica y guasona, D. Alonso, negando la mayor—. Pero no, Zamora comenzó a luchar implacable —aunque suave e irónico— desde su gran escuela, la calle. Y luchó desde el principio, desde que adquirió *«la conciencia clara de los tres matices o provincias de su nuestra lengua española»*, en el Madrid difícil y galdosiano.

Y —nos lo dice— vivió la lengua «coloquial de casa, español de funcionarios, de gentes leídas, engolado y un tantico solemne. Casi envuelto en papel de plata». La posee. Una lengua pareja a su educación, a veces en contradicción con su querer ser (yo creo que es un ciudadano permanentemente perplejo en lo contradictorio, espontáneo a la par que introvertido, que dice lo que quiere y cree, para inmediatamente pedir perdón al interlocutor; maestro en el comunicar y en la *captatio benevolentia*). Escuchémosle como a uno de sus personajes, en ese Madrid de la fuente del agua gorda, o de la esquina galdosiana que él tanto recuerda; escuchémosle, ¡leñe!, enfadándose (Zamora se enfada, ¡y cómo!, es cuando le sale con toda fuerza su ser irónico), escuchémosle soltar un contundente ¡*mecachis!* (¡expresión sublime en boca del Maestro!) y al darse cuenta de momento que en la conversación hay una señora (una de esas señoras que él sabe pergeñar, tan suave, con contundente fuerza), cambiar de registro, como en un relámpago: «¡Ay!, perdone, señora, yo hablo muy mal, pero escribo muy bien...». ¿Mayor maestría?

Y «el español de la calle», que lo posee sublime, ese que no podía pronunciar en casa por el escándalo que generaba, que presagiaba, nos dice, al Alonso *«golfo de cuidado»*, en el temor de los suyos. ¿Imaginan ustedes un golfo en la Academia? Un académico analizando esa lengua en los esperpentos de Valle Inclán, un filólogo, como tal filólogo que *vive* la lengua que ha *vivido* y que por ello es capaz de *hacerla vivir* a quienes, sin ser entendidos, sin ser amantes de la filología, ni especialistas, ni qué sé yo... pero que gozan del modo en que el Maestro les lleva a *ser* en la lengua del arte, que no es otra que la lengua de la calle, la de aquellos que no escriben pero hablan y crean con fuerza. Porque Zamora, como Alarcos —al que contestó en su ingreso en la Academia—, cree que la lengua es la única institución realmente democrática, porque sabe que al final, con el tiempo, en ella sólo cambia lo que quiere que cambie la inmensa mayoría. No en balde conoce tan bien al autor de la inmensa mayoría y nos dice que con Blas de Otero volvió a hablarse de poesía en este ceniciento país, poesía de aquel que, como él, guardó su «alma en el almario» para que otros algún día la pudiéramos sacar. ¿No es suficiente para saber por qué Zamora?

Y es que *«Hay Maestros que luchan muchos años / y son muy buenos»*

¿Por qué Zamora? Pues porque lo dice él!: «...Hay por ahí un fulano con unas intenciones que válgame Dios, un tal Alonso Zamora, o una chorrada así, que, en cuanto pesca algo de este tipo, zas!, lo escribe, y ya sabes, se acabó lo que se daba». Y es que *El mundo puede ser nuestro*, si nos dejan, claro. Porque en Zamora encontramos la ironía, la sátira, la crítica social, *qué bien se vive*, y la amargura de un presente, *claro está que pudo vivirse mejor*, no deseado tal y como nos lo han conformado, los unos y los otros.

Y el fluir de la vida, la tercera lengua, la que causa pasmo y admiración a los mozos compañeros del Colegio con el nombre de aquella reina a la que le cambiaban el mapa cuando visitaba la clase a la que iba Alonso y en la que él ya —ahora recuerdo— era capaz de percibir en su mirada nostalgia y quién sabe si premonición. La voz rústica de los parientes del campo,

donde nuestro homenajeadó vivía *el fluir de la vida* («Hoy creo que todo ese convivir rural me ha enseñado más que los ratos desentrañando a los grandes filólogos centroeuropeos o tragándome los malos humores contra Menéndez Pelayo»), vivía la preocupación por la lengua que, años más tarde, convertiría en estudio, cuando lo hizo del habla de Mérida o en la Dialectología.

Por eso alguien que no es académico nos ha dicho: «uno piensa que la importancia de Zamora se acrecienta, y que su cuidado de lo general creador, simiente de futuros hallazgos academizables, supone toda una salvación del castellano, un Pentecostés personal y un amor a la palabra que (...)».

Cuando le conocí, y tuve la suerte de pasear alguna tarde para «chismorrear un poquito» pudimos ir descubriendo el Madrid de Zamora, que siendo también el de Galdós, Valle y Azorín, es mucho más que el de Azorín, Valle y Galdós juntos, y muy distinto, y muy vivido, y el de todos, el de los unos y el de los otros, que todos tienen su parte ácidamente crítica en la lengua de Zamora, que es muy de Zamora, siendo de todos y de ninguno.

¿Por qué? Pues porque le gusta entrar a hurtadillas en los lugares, y olerlos, y escuchar («Habla poco, escucha asaz, y no errarás», cita él del *Vocabulario de refranes* de Correas), y así lo hace como creador. Oigámosle: «Tertulia de farmacia. Rebotica con innumerables cajitas —los específicos, ah, los específicos, dice reiteradamente doña Antoñita, la hermana del párroco—, y un estante con los formularios y el *Diccionario de la Farmacopea española*, Madrid-Barcelona, 1836, y un almanaque de propaganda: «Agua del Barracón. Eupéptica. Tónica. Ferruginosa. Manantiales propios. Única contra las melancolías y los trastornos de la adolescencia», (*Infusiones*) en un Madrid en donde —permítaseme la licencia en homenaje a los ancestros del Vicerrector Rovira Soler—, hasta hace muy poco, en la Farmacia de la plaza de Cuatro Caminos de Madrid, se vendían las pastillas Bronquiaga.

Y es que para Zamora, los hombres andamos muy lejos unos de otros, sin atrevernos a mirarnos a la cara, con decisión y con hondura. Él sí que lo hace, constantemente —esa ha sido, es, su lucha—. Hay que observarle sin que él lo note para ir descubriéndolo. Lo hace con tesón y, cuando después de tiempo y tiempo de observar el mundo viviéndolo —quizá desviviéndolo— el filólogo se transforma en creador, componiendo a todas horas, le nace, en el bullebulle del vivir (¡cuán alonsino el término!), la cháchara viva, chorreante, el monólogo sin riberas, a la española, tan repajoleramente inútil. *No somos nada*, ya lo hemos dicho: «La tarjeta de visita proclamaba, en letras diminutas y en el ángulo, el quehacer fascinan altos o bajos, rústicos o urbanos, todos detestables. Sus criaturas reales, sí; detestables, también, pero son los nuestros y están ahí. Con todos ellos se va labrando la historia que vivimos, y hay que oírles». Y don Alonso les escucha... A Zamora, su escuela de la calle y su oficio-pasión por recoger *in situ* el material de sus investigaciones le lleva en la creación a la pasión por la lengua hablada. Por ello, hay que escucharles, dejarles hablar, que quizás algo nos enseñen. Y quizás aprendamos a conllevar, entendiéndola, esa incómoda vecindad. En él hierve una sociedad ya caduca que se debate angustiada por permanecer y, al lado de ella, palpita la cáscara vana de una sociedad que no sabe aún embarcarse en algo nuevo. No en vano conoce como conoce el Madrid castizo, el de siempre, y a Velásquez. Así pinta el Maestro. Personajes y situaciones, seres reales, normales, con los que tropezamos todos los días y en todos los rincones, extraídos de ese fino observador de la realidad cotidiana que es el Alonso Zamora constante. Siempre, siempre una serie de cuadros vivientes:

«—¡Chaval!

El chico sonrío, comiéndose las uñas. Los dos mayores dormitan. El padre lee una vez más el recibo del dinero. La madre se decide a hablar:

— Usted, ¿también tiene parientes en América?

— Yo, no, señora.
 — ¡Pobrecito!
 — Anda! ¿Por qué?
 — ¡Hombre! ¡Digo yo! ¡Aquello es tan grande, tan grande como dicen que es, y no conocer a nadie!».

Claro que *Hay Maestros que luchan muchos años / y son muy buenos*

Porque Zamora tiene muy claros los límites, y es diáfano en los conceptos, por eso sobrepasa los límites del corsé institucional, sin que apenas lo apercibamos.

«Creo que no hay una lengua pobre o rica. La lengua es como es, con sus horizontes personalísimos e infranqueables, y sus limitaciones», así ve *Al trasluz de la lengua actual*. Y reflexiona constantemente sobre el equilibrio y la apertura para nuestro enriquecimiento a través de ella, y nos advierte de modo claro que no nos dejemos llevar por las apariencias: «puede parecer que estoy de parte de las innovaciones, sin más, sin restricción alguna. No, en absoluto. Estoy de parte de la innovación fructífera, provechosa.»

Pues claro que hay que importar, ¡faltaría más!, sin darnos miedo, pero sabiendo claramente que «lo que se importe responda a una necesidad social, no al capricho o a la cursilería de algunos adaptadores fáciles».

¿Por qué Alonso Zamora? Pues también porque nos convence de que una preocupación que no debe abandonarnos nunca a los hispanohablantes es, sin duda, la de la pureza y expresividad de nuestra lengua, y así al hablarnos sobre las razones para justificar la creación de la Academia, resaltarán la necesidad de redactar un Diccionario que «pudiese demostrar la fortaleza y hermosura de la lengua» y al hablarnos de cómo se hace un académico, tendrá exquisito cuidado en decirnos que «podrá tratarse de una persona que, en un folletito de pocas páginas, haya subvertido el estado de una cuestión hasta entonces considerada inmutable».

¿Por qué Zamora? Porque el filólogo románico, el investigador conocido en todo el mundo, ha conseguido que por encima de la ferviente adhesión de su Academia y sus Academias, otra Academia, la que fue creada, mucho antes que las suyas, allá por el siglo XVI, para separar la paja del grano, —¡Señor, Señor cómo nos haría falta separar el grano de la paja!— la florentina Crusca, haya querido que su Presidente, Francesco Sabatini, —sabiendo cómo estudió don Alonso el petrarquismo español—, aun teniendo que estar el sábado en el sur de Italia, —eso es claridad y ausencia de soberbia— por compromisos adquiridos desde hace tiempo, en gesto que honra a Presidente y Crusca, nos acompañe, en maratón de kilómetros, la última jornada para dirigir un saludo al Congreso, hermoso y justo homenaje a Zamora, que quiere ser, sin exclusivismos, en comunidad con todos (Portugal, Francia, etc.), símbolo del de toda la Romania Nova.

Y —¿por qué no, Sr. Rector?—, porque lo decimos nosotros, los que estamos aquí, y los que van a estar en días sucesivos. Hemos venido, creando un problema logístico a la Universidad de Alicante (por cierto resuelto de modo extraordinario y envidiable diligencia, efectividad y alegría, por el joven equipo que viene trabajando día a día —enhorabuena, así sí que resulta un privilegio pertenecer al Comité Ejecutivo—, gracias!) un problema logístico, decía, con la avalancha de nuestras adhesiones.

¿Y por qué, por qué don Alonso? Vosotros, los jóvenes estudiantes de la Universidad de Alicante lo sabéis muy bien. Lo saben todos los jóvenes que han tenido la suerte de entrar en contacto con él. Este investigador con nombre de Manual (**Alonso+Zamora+Vicente** —él dice que tiene nombre de tripleta central del equipo nacional de fútbol: Zarra+Panizo+Gainza—. ¡Claro que no lo recordáis!; ¡aquellos eran otros tiempos!, nos diría él; este humanista es capaz de chismorrearnos los saberes más serios, sus aportaciones más importantes con la palabra más

humilde y el tono más jovial. Porque Zamora Vicente, con M^a Josefa Canellada (¿qué hubiera sido de los estudios de fonética en España sin M^a Josefa?) fueron, oigamos a Lapesa, el «principio de un movimiento que ha renovado la dialectología española y la ha puesto a la cabeza de los estudios románicos de igual carácter», que «no abstrae los hechos lingüísticos del complejo vital y social» porque «se ocupa» con igual atención «de la cultura material e industrias, con estudio conjunto de palabras y cosas», y es que ha estado abierto siempre a las aportaciones de los colegas y a los métodos que iban llegando, para entender más, desde otras vertientes, la realidad que iba amorosamente estudiando, con un mimo impresionante, con una seriedad insuperable, él tan dado a la irónica interpretación de la realidad que le ha tocado vivir. Tendríais que haberle visto gozar como un estudiante al escuchar las variedades fonéticas como nuevos valores fonológicos introducidas en el norte de Italia, en el valle del río Biella, como consecuencia de los obligados cambios sociales, con cambios importantísimos en las tendencias alimentarias, a causa de las obligadas migraciones internas, o reír con travieso semblante cuando algún miembro del tribunal que debía juzgar la oposición a la primera cátedra de dialectología italiana creada en el mundo, en la Universidad de Madrid, creía que había una errata en un texto antiguo, cuando en realidad no era sino la representación gráfica de la *gorgia toscana*. A Zamora le gustan estas pillerías, y goza con ellas, y piensa que son propias de las limitaciones humanas, porque a él no le gustan los especialistas pedantes y nos va enseñando, nos transmite a los que son sus alumnos y a los que nos sentimos sus discípulos, que saber es compartir y que enseñar es extender la cultura, elevándola para todos, no esas zarandajas de las estadísticas escolares a costa de bajar el nivel de un país, éste, el nuestro. Que eso no es democracia ni nada que se le parezca. Demagogia es, que no otra cosa. Democracia es elevar el nivel, y respetar la cultura y las culturas, ¡qué carai!

¿Aún más? Pues claro que sí, porque vive la cultura con seriedad y precisión milimétrica, instante a instante, porque vive el saber vivir humano de cada día, en todos los ámbitos de la lengua y en todos los tiempos, como camino necesario para entender nuestro presente. Por eso el mozárabe, y el leonés, el aragonés o el andaluz, el español de América o el judeo-español, o esas «hablas de tránsito», el extremeño, el riojano, el murciano, el canario, o los fenómenos del yeísmo, de la aspiración de la h- o la -s, y, sobre todo, la explicación de sus causas —motivos culturales, históricos etc.— y el cuadro coloreado de nuestra riqueza lingüística frente a la unidad esencial de nuestra lengua, que no contra ella.

Porque don Alonso es un ciudadano abierto y comprensivo (lo que no merma un ápice su seriedad y rigor científico, más bien al contrario), —¡ay del que hace juicios temerarios o lanza alegres diatribas sin fundamento en su presencia!— y, sin embargo, el resto de los ciudadanos le debemos mucho en cuanto a tolerancia y apertura. ¡Ay, Jesús!, si pudiéramos asomarnos por un resquicio a las sesiones de la Academia! Fijaos cómo nos lo explica: «el nombre de esa bebida, whisky, que pronunciado a la española suena güisqui. Y así se admite. Es cierto que como se trata de una bebida, digamos, empingorotada, hay mucha gente que se resiste a esa pronunciación y se aferra a su sapiencia de etiquetas (...) y sigue diciendo whisky, (o cosa parecida, claro) (...) Pero la gente dice güisqui, con excelente sentido lingüístico (...) La Academia pondrá whisky, a la inglesa, con su horrenda ortografía, pero remitiendo a güisqui, de excelente (...) existe en el mundo hispánico (ya en 1921, era señalada por los vocabulistas hispanoamericanos). Oponerse al güisqui, como he visto en conversaciones de saloncillos o en bromas de algún periódico, no me parece sensato. Hay que someter a las normas del idioma todo lo que no sea patrimonial y nada mejor, como en este caso, que el resultado fonético de la mayoría».

Y es que, volvamos a Lapesa —cuando nos explica una de las causas por las que se le llevó a la Academia—, para don Alonso, las costumbres, utensilios, quehaceres y terminologías del

vivir no son mero afán de conocimiento: «quien ha visto a Alonso Zamora escribir en su escaño traído de Asturias, en una sala adornada con bella cerámica popular, y con algún instrumento de labranza en los rincones, sabe cuán amorosa delectación hay en su interés por la cultura rural». Una pasión que, como todas las suyas, comparte generosamente. ¿Quién al acercarse a él y decirle que se va de viaje por tal o cual lugar no ha recibido generosas indicaciones para que pueda acercarse a ese pueblecito donde aún quedan —pocos, quizá los últimos— restos de cerámica popular? Quien os habla, en circunstancias no ciertamente alegres, que él conocía y compartía, al decirle que iba a Palencia, le oyó decir: «Pues aprovechad, en ese tiempo muerto que vais a tener que rellenar, para acercaros allí al lado, a Astudillo, donde todavía queda un artesano-alfarero que hace los seguramente últimos botijos de pasión». ¡Y no veáis qué tesoro! Porque efectivamente, ya no existe el artesano. Esa es la lucha callada, constante, compartida, de don Alonso por la vida, la nuestra, la de todos, el generoso compartir que te obliga al respeto, al mismo respeto que él tiene por las palabras y las cosas.

Y así ha luchado siempre, en todos los campos, en todos los momentos, con ironía y con fuerza, con entrega. Permitidme la última anécdota, ya que estamos en la Universidad. Un día aciago, han detenido a unos compañeros por el delito de expresarse con libertad, que no en ella. Entre los detenidos, algunos de aquella Salamanca que él tanto conoció y vivió (y otros más). Un grupo va a ver al Rector qué ha autorizado la entrada de la policía en los recintos universitarios. Zamora le dice:

«— Llame usted Sr. Rector al Director General de Orden Público. Llame usted. Dígame que les devuelva la libertad. Dígame que sólo cumplan con su obligación, que sólo enseñaban, que sólo transmitían lo que es fruto de su investigación.

— ¿Usted cree?

— Pues claro hombre, pues claro. Intuya usted el futuro. Esto se cae. Llame usted. Sea inteligente. Llame, llame ya, y pase usted a la historia de este país como el primer Rector que ayudó a llegar el futuro...

Llamó.

— Que me dicen...

— Pero hombre de Dios...!, dígalo sin titubeos...»

Aquel Rector no pasó a la historia. Pero sin Zamora no se habría convertido hoy en un personaje. No estaría aquí.

Y todo, porque *«hay Maestros que luchan toda la vida / esos son los imprescindibles»*

Imprescindible, imprescindible es, Rector, amigos congresistas —lo sabemos todos, por eso estamos aquí, y lo estaremos mañana, y pasado, y el viernes por la mañana, y debéis saberlo vosotros, jóvenes. Disfrutad de él —ahora que lo tenéis aquí en Alicante—, escuchad su pausado comunicar, preguntad, decidle, porque —dejádmelo decir con palabras de otro de los imprescindibles del mundo de la Romania Nueva, Gramsci, «dovete istruirvi, istruirvi, istruirvi e ancora istruirvi perché ci sarà bisogno di tutta la nostra intelligenza»—. Y si Maestro es quien posee saberes sedimentados, en el tiempo y en la forma, y goza con ellos porque los ha convertido en vida, y se siente feliz cuando los pone a disposición de los demás, sin esconderse un ápice de ellos, y los transmite con seriedad científica y claridad meditada para deleite y formación de los que escuchamos; si el DRAE asegura que Maestro «dícese de la persona u obra de mérito relevante entre las de su clase», o «persona que es práctica en una materia y la maneja con desenvoltura», es evidente que Maestro es, amigos —la Universidad de Alicante ha sabido intuirlo; nosotros lo estamos confirmando y seguiremos confirmándolo—.